

NO

Cuando era pequeña me enseñaron a decir “gracias”, “por favor” y “perdón”. Pero nadie me habló del “no”. Crecí creyendo que amar era ceder, que el silencio también era consentimiento. Hasta que una noche entendí que mi cuerpo no necesita justificarse, que mi voz no tiene que temblar para ser escuchada. Desde entonces, no me callo. Porque el deseo compartido no se impone, se construye. Y en ese acuerdo, donde el respeto pesa más que el miedo, descubrí que el amor real no pide permiso: se da, pero siempre se elige.